

**glesia colombiana
y aproximación a la teología
de la liberación en la década
de los sesenta y setenta
del siglo XX**

**Colombian Church and approach towards Liberation
theology in the decade of sixties and seventies
from the 20th century**

Juan Alberto Cardozo¹

1 Estudiante de Historia y de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín).
Correo electrónico: cardozoarango@gmail.com

Artículo recibido el 27 de febrero de 2014 y aprobado para su publicación el 30 de octubre de 2014.

Resumen:

La teología de la liberación se convierte en un paradigma de interpretación de la praxis eclesial al final del milenio, marcando una ruptura a las formas centenarias de acción y devenir de la Iglesia en el continente Americano. La Iglesia en Colombia en este contexto también se acerca a esta forma de hacer teología que es novedosa a nivel histórico en todo el planeta y tanto sacerdotes como algunos obispos del país se adhieren a ella. Esto no estuvo exento de polémicas y persecuciones de parte de aquellos que veían en ella un peligro al dogma católico y al poder que la Iglesia tenía en el país desde años atrás. Se presenta entonces una relación cronológica de los postulados de esta tendencia teológica y su aplicación y relación a la Iglesia y a la sociedad del país entre los años 1965 y 1979.

Palabras clave

Teología de la liberación, Iglesia colombiana, Marxismo, Guerrillas.

Abstract

The liberation theology becomes a paradigm for the interpretation of ecclesial practice at the end of the millennium marking a break with the century-old forms of action and future of the Church in the Americas. The Church in Colombia in this context is also close to this way of doing theology that is novel to historical levels around the planet and both priests and bishops of the country stick to it. This was not without controversy and persecution from those who saw it, Liberation Theology, a danger to the Catholic dogma and the power that the Church was in the country for years. We can see thus a chronological account of the tenets of this theological trend and their application and relationship to the Church and society of the country between 1965 and 1979.

Key Words

Theology Liberation, Colombian Church, Marxism, Guerrillas.



Introducción

La Iglesia católica en América Latina tiene un cambio en su estructura a partir de los movimientos filosóficos y sociales que llegan a la región en el siglo XX. La fuerte crisis que sufre la población latina hace que esta institución responda de ciertas maneras a esta problemática que atañe a su identidad como garante de los derechos y el buen desarrollo integral de los pueblos latinoamericanos. A partir de los cambios eclesiológicos que tiene la organización eclesial luego

de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II, en el continente americano comienzan a darse una serie de elementos reformistas que al acercarse a las doctrinas marxistas, se intenta responder a la crisis ya mencionada de una manera específica y desde un ámbito fuera de lo común a la tradición católica a nivel global.

La preocupación por los pobres y los habitantes de las periferias hace que esta situación cristiano-marxista tenga una movilización importante en la década de los sesenta y los setenta en donde numerosos clérigos y algunos miembros del episcopado, sobre todo en Perú y en Brasil, tomen una postura particular acercándose a los postulados marxistas. Colombia no fue ajena a esta situación y existen casos donde sacerdotes que se identificaron con el marxismo-leninismo tomaron las armas y en lucha con el pueblo buscaron, desde sus circunstancias de vida, intentar hacer un cambio social y político que resolviera la grave crisis vivida en el país luego del periodo de la violencia de los años cincuenta. Tal es el caso de Camilo Torres y Manuel Pérez Martínez, protagonistas de esta situación y que se han convertido en adalides de la causa marxista desde el ámbito eclesiástico en este país.

Se ha querido hacer una investigación sobre esta situación y la importancia que tiene para la historia de Colombia del siglo XX. Todo esto tiene como desenlace la elaboración de la llamada Teología de la Liberación que en muchas ocasiones fue el fundamento teórico de las actuaciones de los sacerdotes que tomaron la vía ideológica marxista para enfrentar y tratar de solucionar los problemas que ocasionó la crisis vivida en América Latina en la segunda mitad de dicha época. La teología de la liberación nace con la redacción de los postulados del padre Gustavo Gutiérrez y el documento conclusivo de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano celebrada en la ciudad de Medellín en 1968. Por lo tanto, no se puede hablar de la Iglesia marxista en Colombia sin incluir la influencia de la teología de la liberación y su opción por los pobres y excluidos.

1. Contexto histórico de la Teología de la liberación

América fue conquistada y colonizada por los europeos en el inicio del siglo XVI. La conquista fue de una magnitud tal que el mundo actual está definido en gran parte por los desarrollos y la presencia del continente americano,

heredero de esta conquista y colonización. Estos llegaron provenientes de la península ibérica, del territorio galo y de las islas británicas. Cada reino hacía presencia en el nuevo territorio con su cultura y forma particular de ver el mundo. Para la corona española, recién unificada para ese entonces, la situación religiosa era de especial interés por su condición de defensores de la fe cristiana en el mundo conocido, título otorgado por el Papa Inocencio VIII (Biografías y vidas). Por estas razones la conquista del continente tendría como particular característica la evangelización de los pueblos autóctonos para la difusión de la cristiandad a todos los pueblos y territorios del mundo.

A partir de entonces comienza la historia del cristianismo y en particular del catolicismo en el continente americano. La religión de la cruz es propagada por diferentes casas religiosas que bajo la autoridad de la corona española van dando vía a esta nueva cosmogonía que se va imponiendo con fuerza en todo el territorio. Congregaciones como los jesuitas, agustinos, franciscanos y dominicos se apoderaron de vastos territorios y con ellos también grandes terratenientes que, bajo la figura de “la encomienda”, legislada en las leyes de Burgos en 1512, se adueñaron de grandes territorios bajo la condición de tener un trato justo con los naturales del lugar y la debida catequesis cristiana para que estos conocieran el Dios de los cristianos. Entonces, en un periodo de casi un siglo y medio o incluso menos, la religión católica se convirtió en la religión más difundida por el continente, sobre todo a partir del Virreinato de la Nueva España hasta las tierras más meridionales del territorio.

La relación de la Santa Sede con América se limitaba a la creación de nuevas jurisdicciones eclesiásticas a petición del monarca español; por otro lado, el nombramiento de los obispos se hacía a través de la figura del Patronato Regio y por estas razones poca relación institucional existía entre la iglesia americana y el Papa en Roma. Aun así la Iglesia fue creciendo considerablemente como la institución más importante del continente junto con el Estado: la educación estaba a cargo de ella y las primeras universidades fueron constituidas por iniciativa eclesiástica junto con colegios mayores y otros organismos de menor importancia; así mismo, era la encargada de vigilar la ejecución de la justicia a través de los tribunales inquisitoriales y de custodiar la moral y las buenas costumbres entre la población en general. En términos menos oficiales los clérigos americanos fueron de marcada preponderancia entre el pueblo y su opinión era tomada en cuenta para asuntos de gobierno y también de la vida cotidiana.

En la vida republicana posterior a la independencia de las excolonias españolas, la Iglesia siguió teniendo injerencia en los asuntos públicos y privados y a pesar de las circunstancias que vivieron en muchos países a lo largo del siglo XIX, se mantuvo entre las líneas más importantes de la vida social. Sin embargo, en Colombia particularmente la Iglesia estuvo sometida a la injerencia del gobierno que quiso heredar las atribuciones del patronato regio; además el Estado quiso más adelante expropiar las tierras que esta poseía en abundancia con la justificación que ello impulsaría la economía del país a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La relación de la Santa Sede y las nuevas Repúblicas apenas se normalizaba y los concordatos de relaciones internacionales se realizaron al final del siglo. A partir de entonces la iglesia romana estaría más interesada en los asuntos latinoamericanos. En el caso de Colombia, la Santa Sede firmó un concordato en 1887 con el cual se garantizaba la plena libertad a la Iglesia y la enseñanza pública en todo conforme a los dogmas y a la moral católica (Montalbán, 1958); al mismo tiempo este acuerdo nace como producto de la nueva constitución política de Colombia que renovaba el poder de la Iglesia en la nación.

El interés ya aumentado de la Santa Sede por América Latina, regida entonces por el Papa León XIII, suscitó el primer concilio plenario de las Américas celebrado en Roma en 1899. Por primera vez la jerarquía del continente se reunía con el Papa para discutir los intereses de la región y las problemáticas sociales y políticas que se daban en cada República. Solo hasta 1955 se consolida un organismo que regula y organiza las conferencias episcopales de cada país por una petición que hicieran los obispos a Pío XII; se crea entonces el Consejo Episcopal Latinoamericano durante la Primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en la ciudad de Rio de Janeiro en el verano de ese año. Hasta la actualidad se han celebrado otras cuatro conferencias generales en Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007). Todas ellas con un objetivo específico y con la presencia del Papa como inaugurador de dichas reuniones.

La teología de la liberación nace en medio del devenir generado entre la vida social del pueblo latinoamericano y las estipulaciones de estas conferencias, sobre todo la celebrada en Medellín en agosto de 1968. Las doctrinas marxistas y comunistas se habían filtrado en no pocas esferas de la vida en el

continente suramericano y en Colombia habían demostrado que eran una fuerza a tomar en consideración, ya que con estas ideologías las guerrillas rurales habían sustentado su lucha contra la institución gubernamental. Socialmente, el país y el continente en general estaban divididos en una minoría que gobierna y que pertenece a las élites tradicionales decimonónicas y una gran masa poblacional que se debate entre la pobreza y el deseo de un cambio de situación social, cultural y política. En este contexto nace un movimiento que buscaba respaldar al hombre del común en la miseria cotidiana que lo rodeaba a través de la apropiación de la doctrina católica y sustentado en el marxismo. Entonces, estas situaciones hacen que la década de los sesenta resulte agitada para la institución eclesiástica.

2. Teología de la liberación

La teología de la liberación es entonces un movimiento religioso que se condensa en las latitudes bajo la sombra de los Andes y que responde a unas necesidades que tenía la población de ese entonces con sus particularidades y características. La iniciativa surge en el contexto pastoral de las regiones más pobres donde el abandono estatal debe ser suplido por la Iglesia de base, que gracias a las grandes empresas evangelizadoras había sabido llegar a casi todos los estratos de la sociedad; aun así la jerarquía es un poco reacia en estos tiempos a establecer el contacto directo con los sectores populares y de clases medias y se dedica en gran parte a dirigir cartas pastorales al clero y al pueblo en donde los obispos tranzan una directriz para asumir los nuevos tiempos a la luz del cristianismo.

Esto no es suficiente y el clero menor, párrocos y vicarios, deben enfrentar la situación de pobreza, hambre y violencia que cercenan la población civil. Esto causa división y confusión en un continente que está en medio de una crisis política e institucional que tras la revolución cubana ha llegado a casi todos los países del hemisferio. La teología de la liberación buscaba entonces salir de los libros teóricos y espirituales y darle una praxis liberadora al pueblo oprimido a través de varias prácticas que buscarán aliviar la situación de la población más pobre.

En el año 1960 el Papa Juan XXIII convoca a un concilio para darle conclusión al Concilio Vaticano que en el siglo XIX no había tenido conclu-

sión; con este, pretende darle una apertura a la Iglesia a la vida moderna y a los tiempos contemporáneos. Se lleva a cabo de 1962 a 1965 siendo concluido por el nuevo Pontífice Pablo VI. Las conclusiones llegan a América Latina de manos de los obispos de cada una de las diócesis del continente para ser proyectadas y puestas en práctica en los años consecutivos (González, 1997, pág. 303).

Para el año 1968 se convoca la segunda conferencia general del episcopado para ser realizado en la ciudad de Medellín, Colombia; se reúnen en la ciudad 146 cardenales, arzobispos y obispos, 14 religiosos, 6 religiosas, 15 laicos y consultores de diversos niveles (Dussel, 1972). La reunión de obispos se realiza en las instalaciones del recién inaugurado Seminario de Medellín a finales de julio y principios de agosto de dicho año. En la reunión episcopal se establecen las posturas continentales para la aplicación de los documentos conciliares y las constituciones, sobre todo las que conciernen a la Iglesia (*Gaudium et Spes*) y la liturgia (*Sacrosantum Concilium*). En Medellín se trae a manifiesto la situación de los pobres en todo el continente, ya que son la mayoría de la población y donde la Iglesia más influencia tiene. Se busca la liberación del hombre de las periferias sociales bajo la tutela eclesial que no solo busca la re comprensión de los principios sociales desde la estructura misma de la sociedad, sino también desde los principios del Evangelio.

El documento conclusivo de la Conferencia de Medellín establece las formas de participación de la Iglesia en la sociedad del siglo XX pero da la libertad a los obispos la asimilación de su contenido y el perfil propio que se le dará al documento en cada diócesis. Medellín tiene una aplicación más amplia en los países del cono sur y en el Brasil ya que el bajo número de clero católico potencializa otro de los proyectos de la conferencia que es la creación de las comunidades de base (Gutiérrez, 2000), proyecto a través del cual la Iglesia planea permear sus principios con pequeñas comunidades parroquiales que estudien la Biblia y la doctrina cristiana en cualquier sector de la sociedad. Los países del norte son más reacios a aplicar las posturas del documento aunque aceptan la nueva opción preferencial por los pobres que allí está contenido.

Esta opción por los pobres tiene su fundamento oficial en el documento de Medellín inspirado en los documentos del Concilio Vaticano II; pero también hay un apoyo paralelo de parte de los teólogos latinoamericanos que ya comienzan a reflexionar esta situación social y a manifestar en escritos

teológicos y pastorales sus posturas frente a la liberación que debe ofrecer la Iglesia a los oprimidos. El pionero es el sacerdote dominico Gustavo Gutiérrez Merino cuyo aporte a la reflexión teológica se pone como paradigma en la praxis liberadora de la Iglesia. Sus textos son escritos en su natal Perú a finales de los años sesenta, siendo publicados a gran escala dentro de la región; su principal texto es *Teología de la Liberación*, editado en 1971.

Existen otros teólogos de gran recordación dentro de esta teología regional como los obispos Helder Cámara y Pedro Casaldáliga en el Brasil y otros como Leonardo Boff, Jon Sobrino, Ernesto Cardenal, Ignacio Ellacuría y Enrique Dussel (Beret, 1996). Otros, que a pesar de su activismo y fuerza retórica y teórica hicieron parte de este movimiento en los años 60's y 70's, pero no han sido tan fuertes dentro del mundo mediático, son Alberto Methol Ferre, Camilo Torres Restrepo, Carlos Felipe Ximenes Belo, Clodovis Boff, Edgard Beltrán, Elsa Tamez, Erwin Kräutler, Fernando Cardenal, Frans de Vos, Franz Hinkelammert, Frei Betto, Gérard Fourez, Gerardo Valencia Cano, Hugo Assmann, Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Jorge Pixley, José María Castillo, José Marins, José Míguez Bonino, José Porfirio Miranda, Juan Guillermo Durán, Juan José Tamayo, Juan Luis Segundo, Juan Vives Suriá, Luis Alves de Lima, Óscar Romero, Pablo Richard, Paul Gauthier, Richard Shaull, Rubén Alves y Samuel Ruiz García (Lorenzatti, 2006). Todos estos fueron los autores intelectuales del movimiento que con sus escritos de carácter científico-teológico quisieron en su tiempo y algunos hasta en la actualidad, respaldar las posturas y principios de la teología liberacionista.

Una característica además de esta apreciación y reflexión fue que no solo hubo referentes teóricos sino también prácticos, que con su estilo de vida pusieron en marcha la opción por los desfavorecidos y vivieron en la pobreza que el pueblo mismo, que ellos pastoreaban, debía afrontar; todo esto alejándose de los tradicionales estilos de vida sacerdotales y episcopales a la manera preconiliar con tintes feudales. Entre estos ejemplos está el bien recordado sacerdote colombiano Camilo Torres que con su militancia social quiso hacer frente a la situación de disparidad en Colombia llegándose a unir al grupo armado guerrillero ELN, Ejército de Liberación Nacional (Womack, 2001).

Estructuralmente, la teología de la liberación no tiene una relación directa con el marxismo del siglo XX sino que hay afinidades de método en cuanto a la situación económica que se plantean en ambas doctrinas, sobre todo en el momento en que se ponen de acuerdo en que el ser humano y su

devenir social están delimitados por la estructura económica de la modernidad. Muchos podrían equivocarse tachando entonces que la elaboración dogmática de la teología de la liberación constituye una síntesis marxista del pensamiento cristiano. Algunos pensadores como Gulio Girardi (1926-2012) sí intentaron establecer vínculos más cercanos entre el cristianismo y el marxismo a través del método de la dialéctica práctica en donde, a través del juzgamiento de las realidades del pueblo, pretende hacer de la lucha de clases el nuevo sentido cristiano de la historia (Girardi, 1978).

La finalidad entonces de este tipo de teología latinoamericana es la visión de la Palabra de Dios a través de los ojos de los oprimidos; es decir, cambia el sentido o direccionamiento de la exégesis cristiana que tradicionalmente primero lee e interpreta la Biblia y la Tradición para juzgar la realidad, para ahora mirar la realidad del pobre y poder entender los contenidos bíblicos y de la tradición cristiana. Entonces, la liberación es un término que se usa en este marco conceptual para establecer la identidad primaria que tiene la Iglesia ante el pueblo de Dios, que busca una liberación de los males u opresión inmanente o terrenal como preparación plena para la llegada al Reino de Dios. De esta manera se constituye la opresión social como un pecado grave contra la dignidad humana.

3. Praxis metodológica en Colombia

La presencia del pensamiento de la teología de la liberación en el continente se fue extendiendo conforme el discurso aperturista de la Iglesia a las condiciones modernas del mundo se iba permeando en el clero y en la población laica en general. Paralelo al pensamiento teológico, también se crearon tendencias educativas y filosóficas con esta tendencia liberacionista; se presentó entonces la “filosofía de la liberación” con pensadores como Enrique Dussel y la “pedagogía de la liberación” con Paulo Freire. Todas estas corrientes van construyéndose alternativamente en cuanto se van dando los sucesivos cambios de gobierno frutos de golpes de estado en diversas repúblicas latinoamericanas que son opresivas y totalitaristas a partir de los años sesenta.

En Colombia hay un panorama político anómalo y diferente sustancialmente al resto de repúblicas vecinas ya que el gobierno militar y dictatorial termina en 1957 con la renuncia de Rojas Pinilla y la posterior terminación

del gobierno de la junta militar previa al gobierno de Alberto Lleras Camargo en 1958. A partir de entonces comienza el periodo del Frente Nacional con el cual los dos partidos políticos más poderosos del país, conservador y liberal, se repartirían el poder en un lapso de doce años, posteriormente aumentado a los dieciséis años. Este periodo del Frente Nacional es donde se realiza a nivel eclesial tanto el Concilio Vaticano II y la Segunda Conferencia General del Episcopado en Medellín.

Políticamente es el periodo donde surge un nuevo espacio para la violencia civil luego de la crisis sufrida en la década de los 50'; aquí es donde las guerrillas subversivas adquieren más poder en el territorio nacional y afianzan sus posturas ideológicas para combatir el estatus quo que impera en el gobierno nacional; estas guerrillas se adhieren al movimiento marxista en sus diferentes facciones como la guevarista, la leninista, la soviética o la maoísta. La Iglesia colombiana como institución, también se vio involucrada en todos los acontecimientos políticos y sociales del país ejerciendo influencia sobre los partidos oficiales y el pensamiento popular; esto en el contexto de la república en donde la Iglesia es una de las instituciones más poderosas y con más renombre a lo largo de la historia del país.

Para entender el concepto de liberación en Colombia el nombre de Camilo Torres Restrepo se hace necesario para la adecuada hermenéutica histórica de lo acontecido en el país y en la Iglesia durante las décadas de los sesenta y los setenta. Camilo Torres fue un sacerdote nacido en Bogotá el 3 de febrero de 1929 que tuvo una notable carrera académica tanto en el ámbito civil como eclesial: Se formó sacerdotalmente en el Seminario Mayor de Bogotá en donde se ordenó como clérigo en 1954. Recibió el título doctoral en sociología de la Universidad de Lovaina y funda en 1960 junto con otros académicos la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, primera en Latinoamérica. Con la llegada del Frente Nacional crea un movimiento llamado Frente Unido del Pueblo como oposición a los partidos políticos tradicionales (Caballero, 1987). Se une a la guerrilla marxista-leninista ELN como apoyo ideológico y como consejero espiritual. Por su adherencia a este grupo armado el Cardenal Luis Concha lo sanciona quitándole la capellanía en la UN y toda asociación con dicha institución llegando a afirmar que “El padre Camilo se ha alejado conscientemente de las doctrinas y directivas de la Iglesia Católica” (García, 1992). Finalmente el padre Camilo le pide la reducción al estado clerical al Arzobispo siéndole concedida su petición tan solo dos días después. Toma las armas pero en su primer experiencia de

combate es dado de baja por el ejército nacional el 15 d febrero de 1966 en inmediaciones del municipio de San Vicente de Chucurí, Santander.

Camilo Torres se convierte en un hidalgo de la causa revolucionaria y es tomado como prócer de la teología de la liberación ya que él mismo es ejemplo de vida con y para los pobres. Camilo proponía una revisión de la actitud del clero frente a los problemas sociales, para insistir más en la preocupación por el bienestar de la humanidad que por preservarla del comunismo (Restrepo, 1995). Tenía un espíritu dialogante con el mundo moderno diferente a la Iglesia monolítica colombiana que aún se presentaba reacia e impedida en la aplicación de los documentos del Concilio. Las posturas reaccionarias de Camilo frente al statu quo llevó a que diferentes sectores del clero del país se hicieran notar tímidamente frente a algunas situaciones que se presentaron en la década de los sesenta, ejemplo de esto son el apoyo del clero de Cali en cabeza de su arzobispo Alberto Uribe Urdaneta a la protesta por el alza del transporte y los precios de los servicios públicos mientras que algunos sacerdotes de Medellín, Barranquilla y la Comisión Episcopal de Acción Social también se pronunciaron en contra de la situación estatal.

Camilo a partir de entonces con su vida y su muerte precipitada se hace leyenda entre los grupos insurgentes sobretudo el ELN que lo toma como un guerrillero con causa y no un bandolero fracasado. Muchas instituciones en el futuro nombrarán algunos de sus edificios con el nombre del sacerdote y hasta el día de hoy no ha habido pronunciamientos reivindicatorios de la Iglesia a la causa camilista. Posteriores prelados de la sede de Bogotá, siguiendo el ejemplo de Luis Cocha, se muestran renuentes al acercamiento de la Iglesia al pensamiento izquierdista y marxista con condenas públicas del Cardenal Aníbal Muños Duque en los años setenta y Mario Rebollo Bravo en los años ochenta.

Se debe hacer un paréntesis en la cronología aplicativa del pensamiento liberacionista en Colombia para apuntar uno de los hechos más trascendentes en la vida del país del siglo XX y de la Iglesia Universal y nacional: La primera visita de un Obispo de Roma a tierras americanas en casi 500 años de presencia europea y cristiana en el continente. El viaje papal fue realizado por el Pontífice Pablo VI con motivo de la celebración del 38° Congreso Eucarístico Internacional con sede en Bogotá. El Papa arribó a la capital colombiana el jueves 22 de agosto de 1968 para darle conclusión al Congreso y desde allí inaugurar la Conferencia de Medellín el día 24; los anfitriones

de la visita Papal fueron el mismo presidente de la Republica Carlos Lleras Restrepo, el cardenal arzobispo de Bogotá Luis Concha Córdoba, el administrador apostólico de la arquidiócesis de Bogotá Aníbal Muñoz Duque y el alcalde de la ciudad Virgilio Barco Vargas (Ruiz, 1999). Fue una corta estadía en donde visitó enfermos, celebró la Eucaristía con varios grupos sociales del país y bendijo la nueva sede del CELAM. Los discursos pronunciados por el Papa estaban en consonancia con el acento transformador del Concilio Vaticano II y habló directamente a obreros y sindicalistas del país con notables diferencias a los discursos que pronunció el presidente del país días previos a la visita en donde le mostraba a la prensa extranjera un país con pocos problemas sociales, con los problemas de pobreza y violencia resueltos casi que en su totalidad (Restrepo, 1995). La presencia del Papa en Colombia es entonces un hito dentro de la Iglesia que parte la historia de la institución en el siglo XX ya que con ella se hace oficial la ruptura que llega con la aplicación del Concilio y la II del CELAM.

La realización de la conferencia episcopal en la ciudad de Medellín fue trascendental para la continuidad de la vida de la Iglesia en el país ya que es esta la que marca un trazado pastoral con la apertura de algunos obispos del país para aplicar sus métodos, como por ejemplo el arzobispo de Medellín y anfitrión de la conferencia Tulio Botero Salazar y el obispo de Buenaventura Gerardo Valencia Cano. Otros obispos de un corte más tradicional y conservador fueron más reacios al método de Medellín y se reservaron sus aplicaciones a unas cuantas orientaciones sin perder el estilo preconiliar que aun presentaban algunos miembros del episcopado.

Una de las reacciones más inmediatas a la culminación de la conferencia de Medellín es la asociación de sacerdotes que se reúnen en la finca Golconda (municipio de Viotá, Cundinamarca) para deliberar sobre la situación del país y los compromisos que debe tener todo cristiano frente a la corriente de renovación que se presenta en toda América (Colombia, 1969). Esta reunión tuvo la asistencia de 50 sacerdotes de todo el país en el mes de julio para hacer los estudios del documento magisterial *Populorum Progression* de Pablo VI. Igualmente se llevó a cabo una segunda reunión en Buenaventura, Valle del Cauca, en el mes de diciembre por la invitación del obispo Gerardo Valencia entre los días 9 y 13 para establecer una línea general de acción para intercambiar experiencias y coordinar trabajos (Presentación del segundo encuentro del Grupo Sacerdotal de Colombia). Entre las declaraciones se puede leer y es interesante tenerlo en cuenta para un posterior análisis de

su forma de pensamiento y obrar pastoral numerosas consignas a favor del pueblo y de un compromiso en el cambio “radical de estructuras”:

La situación trágica de subdesarrollo que sufre nuestro país es un producto histórico de dependencia política, económica, social y cultural de los centros extranjeros de poder, que la ejercen a través de nuestra clase dirigente. Lo característico del subdesarrollo colombiano, como en toda Latinoamérica, está precisamente en la dominación ejercida sobre nuestra sociedad por una clase minoritaria, cuyos privilegios se remontan a la época colonial. Efectivamente, las luchas de independencia, lejos de limitar su poder, contribuyeron a afianzarlo más. No se dio entonces una revolución del pueblo, sino un cambio de guardia, el paso del gobierno colonial a la aristocracia criolla. Los ejercicios que entonces se improvisaron fueron mantenidos para proteger, hasta nuestros días, ese “orden” establecido. El poder político surgió como tutor y promotor de ese sistema de privilegios, que la Constitución Nacional vino a justificar. La Iglesia, por su parte, lo sacralizó, como si fuera la expresión inequívoca de la voluntad de Dios. En cuanto al pueblo, la inmensa mayoría de la población, quedó imposibilitado -luego de haber derramado su sangre en el campo de batalla- para vivir como ciudadanos de su propia patria. Tras los edificios, los lujosos aeropuertos, las autopistas, yace un pueblo sufriente, humillado, amordazado por su misma inconciencia y acomplejado por las fuerzas represivas de una violencia instalada en el poder [...] (Mensaje final II Encuentro del Grupo Sacerdotal de Colombia).

Este grupo en particular es llamado por algunos medios de comunicación como los “subversivos del Evangelio” (García, 1992) por su afinidad al sentir y accionar de Camilo Torres. De esta manera estos sacerdotes se convierten en pioneros del compromiso liberador dentro del país. Cabe mencionar que en otros países ya existían grupos sacerdotales de la misma orientación pragmática como “Ónix” en el Perú y “Tercer Mundo” en Argentina. Por su parte el gobierno central de la nación ya tiene unas posturas críticas hacia estos grupos sacerdotales que van naciendo en varias diócesis del país que generan polémica al ser los primeros en cambiar una tradición de relaciones tranquilas entre el clero y los gobiernos; además que la misma cúpula de la Iglesia había querido tomar distancia de las situaciones políticas luego que la jerarquía se hubiera decidido a apoyar el partido conservador durante la primer década del siglo; el gran promotor de este alejamiento de la vida política de la Iglesia fue el segundo cardenal colombiano y arzobispo de Bogotá Luis Concha Córdoba. El presidente de la República Carlos Lleras Restrepo veía en estas discursos sacerdotales liberales “unas prédicas peligrosas para el orden público” (El Tiempo, 22-04-1969). Para finales de la década

de los sesenta algunas cláusulas del concordato entre la Santa Sede y el gobierno de Colombia habían sido violadas por el encarcelamiento de algunos sacerdotes insurgentes y la expulsión de clérigos extranjeros que laboraban en varias diócesis del país.

Los sacerdotes de Golconda emprenden una cruzada a favor de los pobres siguiendo el ejemplo de Camilo Torres y con la seguridad de tener a un miembro del episcopado entre sus miembros. La solidaridad que su discurso pretendía se extendió igualmente a grupos indígenas presentes en la nación que fueron perseguidos en esta época en el departamento del Meta. Las aspiraciones del grupo de Golconda perdieron fuerzas tras la muerte inesperada del obispo Gerardo Valencia en un accidente aéreo; cuando se dirigía hacia el Chocó en un vuelo de Satena proveniente de Medellín el avión se estrelló contra el cerro San Nicolás de los Farallones del Citará. Su cuerpo sería recuperado por sacerdotes del grupo del Golconda en medio de las selvas de la cordillera occidental.

De esta manera el grupo de Golconda pierde su carácter “unificado” por las discrepancias de sus miembros con respecto a sus diferentes concepciones del comunismo y la aplicación a la vida social del país. Les faltaba liderazgo grupal y finalmente sus miembros optaron por aplicar sus métodos en sus respectivas pastorales parroquiales en sus diócesis; otros de sus miembros radicalizaron su forma de pensar y se unieron a los grupos disidentes y alzados en armas presentes en el país en ese entonces como el ELN, las FARC o el M-19; entre ellos están Domingo Laín Sanz, Manuel Pérez Martínez y José Antonio Jiménez Comín que llegaron a ser altos mandos del grupo ELN.

4. Resultado final

Desde el año 1972 hasta el año 1979 asume como secretario general del CELAM el obispo auxiliar de Bogotá Alfonso López Trujillo. El encuentro del episcopado realizado en la ciudad de Sucre, Bolivia, determinó las posturas frente a la creciente disidencia sacerdotal, fruto de las interpretaciones particulares del Concilio y las posturas de grupos sacerdotales en todo el continente que asumieron el comunismo y la revolución armada como la posición que debía asumir el pueblo frente a los gobiernos de ese entonces, a imitación de la revolución cubana y el apoyo que la Iglesia debía dar a dichas revoluciones.

A la llegada de López Trujillo a las directivas de dicho organismo, un movimiento de conservadurismo lejano a las posturas liberales de la Iglesia de la década anterior pusieron en jaque a los teólogos de la liberación en todo el continente y especialmente en Colombia, centro de difusión de las ideas guerrilleras atadas a dicha teología y centro de acción directa del obispo López. Por esta razón la nueva directiva tomó como tarea la revisión de dos posturas emanadas del Documento de la Conferencia de Medellín: el socialismo como alternativa al capitalismo y las nuevas formas de hacer teología, lejanas al esquema tradicional europeo.

A partir de entonces comienza la investigación y búsqueda de sacerdotes de esta tendencia en las diócesis del país, se suspenden los Institutos de pastoral del CELAM como el ILP (Instituto Litúrgico Pastoral) y el IPLAJ (Instituto de Pastoral Latinoamericano de Juventud) (García, 1992). Ese mismo año se había fundado en Bogotá otro grupo de sacerdotes que procuraron encontrar formas para concretar su accionar pastoral; este grupo fue llamado “Sacerdotes para América Latina”. Su accionar igualmente fue sancionado por el Arzobispo de Bogotá y censurado para que no disiparan sus posturas. Durante toda la década son silenciados numerosos sacerdotes con posturas diferentes a las tradicionales tanto por la Iglesia como por el estado, la situación mundial no ayudaba mucho a que las ideas comunistas tuvieran aceptación entre el oficialismo americano a excepción de Nicaragua, que logró una revolución comunista en contra del antiguo régimen familiar de los Somoza liderada ideológicamente por Cuba; por esta razón y en plena crisis de la Guerra Fría, los Estados Unidos de América trató de impedir por todos los medios posibles más incursiones comunistas en los gobiernos de América Latina.

Los miembros de Golconda se diseminaron entonces por la fuerte represión estatal y eclesial volviendo algunos a la clandestinidad y sometién-dose a la disciplina de sus obispos. El sacerdote Gabriel Gil dejó su ministerio sacerdotal alejándose de su comunidad de misioneros de Yarumal; Domingo Laín y Manuel Pérez se unieron, como ya se ha dicho a grupos insurgentes, Alfonso Vanegas impulsó su causa desde la docencia; René García se dedicó al estudio al igual que Gabriel Díaz que defendió los movimientos populares por medio de la no violencia; Ignacio Betancur hizo la revolución pero desde el fuero parroquial promoviendo las comunidades de base (Restrepo, 1995). Todos ellos aplicaron las ideas de la liberación según sus convicciones y a la luz de la situación de lo que sus reflexiones teológicas los impulsaban. Muchos



otros sacerdotes fueron desterrados de sus diócesis quitándoles sus licencias ministeriales impidiéndoles el ejercicio del sacerdocio y la práctica sacramental (No podían celebrar Misa ni confesar). Otros obispos fueron menos drásticos con estos sacerdotes no quitándoles las licencias pero enviándoles a los territorios más lejanos y pobres de las diócesis.

El final de la década tiene un desenlace mucho más fuerte en contra de los teólogos de la liberación y los sacerdotes que emprendieron la lucha liberacionista. En el verano del 78' muere en la residencia papal de Castelgandolfo el Papa Pablo VI, quien fue gran abanderado desde Roma de la lucha contra la violencia armada de los miembros del clero y defensor de los derechos del pueblo en Latinoamérica. Fue elegido el cardenal Albino Luciani como nuevo obispo de Roma que como teólogo tenía el mismo aire aperturista del Papa Juan XXIII y dialogante de su antecesor llegando a llamar Juan Pablo. El reinado de Juan Pablo I solo duró 33 días y en el segundo cónclave del año resultó electo el cardenal polaco Karol Wojtyła que decidió llamarse en honor a su predecesor Juan Pablo II. Con el nuevo Papa se aseguraba una línea conservadora en la Iglesia a diferencia de los anteriores pontífices y seguramente mano dura a la situación clerical en América Latina.

Así mismo la situación regional cambió al ser nombrado el obispo López Trujillo como presidente del CELAM en el año 1979 y promovido a la sede metropolitana de Medellín con el título de Arzobispo. Esto significó más poder para el nuevo dirigente de controlar desde la presidencia del órgano episcopal las corrientes modernizantes de la Iglesia continental. En enero de 1979, a los pocos meses de ser elegido Pontífice de la Iglesia, el Papa Juan Pablo II, viaja a la ciudad de Puebla de los Ángeles en México para inaugurar la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en el mes de enero. Esta conferencia tuvo un sello diferente al de Medellín y ya de manera oficial marcaba una pauta para ofrecer una respuesta a los desafíos sociales de la región sin generar las diversas interpretaciones que suscitó el documento de Medellín (Discurso Inaugural del Papa Juan Pablo II en la ciudad de Puebla con motivo de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano).

Esta conferencia constituye entonces la finalización de un tiempo de incertidumbre eclesiológica que enfrentó a la jerarquía con el clero y creó confusión en un país que, en medio de una crisis económica fuerte que permitió el crecimiento y empoderamiento territorial de las guerrillas rurales y la lenta aparición del narcotráfico en las urbes país, no sabe cómo acudir a una

institución que tradicionalmente ha sido punto de refugio para la sociedad pero que en ese entonces se encontraba dividida. Estas dos décadas de la Iglesia en Colombia tienen como puntos de inicio la conclusión del Concilio Vaticano II y la fugaz presencia mediática del sacerdote Camilo Torres y tiene como finalización el ascenso al papado de Juan Pablo II y la conferencia de Puebla. Es un tiempo lleno de hitos y personajes que marcan tendencia según la interpretación teológica, axiológica y pastoral que le dieran a los documentos de la Iglesia. El documento de Medellín desaparece de las mesas de estudio y es puesto en el olvido, ya sea por temor u odio a sus contenidos poniendo a la teología de la liberación en un escenario secundario sin la preponderancia que había tenido tan solo diez años atrás. Faltarían casi cuarenta años para reivindicar los contenidos del documento de Medellín en la V Conferencia del CELAM celebrada en Aparecida en el año 2007; allí la opción por los pobres, las comunidades de base y la exaltación del hombre como sujeto de pastoral sería puesta de nuevo en primera fila dentro de la vida eclesial de América Latina y de Colombia.

Conclusiones

En las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX se vivió a nivel eclesial una ruptura histórica que cambió las formas tradicionales de ver el mundo y la relación de Dios con el hombre en un contexto moderno que al mismo tiempo permitió la transformación de la Institución de la Iglesia Católica a nivel universal y continental. La Iglesia en América Latina había tenido un desarrollo típico de las formas heredadas de la colonia española y aun para el siglo XX, muchos sectores de ella estaban encasillados a estos paradigmas del pasado, queriendo mantener una relación con los Estados nacidos de la colonia y así conservar su papel como directora de la moral de la sociedad y educadora de la población y así sostener un tipo de control sobre el pueblo y garantizar su hegemonía institucional en cada país.

Colombia no fue ajena a esta situación y en el país la Iglesia mantuvo su situación como garante de las “buenas costumbres” de los colombianos y esto fue ratificado por la constitución conservadora de 1886 en donde se proclamaba a la Iglesia Católica como religión oficial del Estado; así mismo la firma del concordato de relaciones entre Colombia y la Santa Sede firmado en 1887 dio garantías y numerosos beneficios al clero y a la jerarquía

del país respecto a los demás miembros de la sociedad colombiana. Durante la primera mitad del siglo XX la Iglesia apoyó al partido y a los gobiernos conservadores criticando fuertemente desde el púlpito a los liberales. Muchas de las luchas cruentas entre partidos eran apoyadas intransigentemente por los sacerdotes, siempre en favor de los “godos” o conservadores. A la muerte del Papa Pio XII le sucede en la sede petrina el cardenal Ángel Roncalli que toma el nombre de Juan siendo el pontífice número veintitrés en llamarse de esta manera. El nuevo Papa convoca un Concilio universal para poner a la Iglesia a tono de las situaciones del siglo XX y “ponerla al día” con la sociedad moderna y más laica que en cualquier otro periodo de la historia. El Concilio lo concluye Pablo VI y en este se realiza una fuerte transformación a los esquemas tradicionales vividos por la Iglesia desde siglos atrás.

La aplicación del Concilio en América Latina llega de diferentes maneras. La principal es aquella que nace de la Iglesia jerárquica que convoca a una conferencia de Obispos del continente en la ciudad de Medellín y desde una hermenéutica propia de la región se quiso poner en práctica las constituciones del Concilio. Uno de los puntos principales, sino el directriz de esta reunión, era tomar conciencia de la condición social de los países latinos en donde abundaba la pobreza y cada vez se hacía mayor y de la situación de opresión en la sociedad de parte de los gobiernos que con políticas ponían en jaque a la población civil que cada día se consumía más en la miseria en casi todos los sentidos. De allí nace la iniciativa fundada en el Evangelio bíblico de que la Iglesia debía tener un opción preferencial por los pobres y oprimidos y hacer una Iglesia pobre para los pobres.

Esta situación no fue tomada de buena manera en el caso particular colombiano por las autoridades civiles que miraron con recelo la nueva postura crítica de la Iglesia frente al gobierno formando parte de la oposición, ni tampoco por algunos miembros de la jerarquía que no querían darle cierre al statu quo en el que se mantenía la institución desde hacía casi un siglo. La otra manera de aplicación era liderada no por los obispos de manera oficial sino que era iniciativa por el clero bajo o sacerdotes parroquiales que de modo personal decidieron asimilar una opción por los pobres inspirados por los modelos comunistas que llegaban a América Latina. Ellos quisieron integrar en los años sesenta la ideología marxista con los postulados de la Iglesia creando una nueva forma de interpretación de la biblia y del magisterio de la Iglesia que fue llamada “Teología de la Liberación”. Se llamó de liberación

ya que ella pretendía liberar al pueblo de la opresión política y económica que sufría desde siglos atrás.

La teología de la Liberación se convirtió en una forma de hacer teología nacida en el seno del continente y respaldada por algunos miembros del episcopado latinoamericano. Entre sus principales autores están los teólogos Gustavo Gutiérrez y Enrique Dussel. En el caso colombiano un líder de este tipo de exégesis bíblica y vivencia pastoral fue el sacerdote Camilo Torres. Este sacerdote fue un hidalgo de la causa de los pobres en el país llevándolo incluso a tomar las armas y a unirse a la insurgencia guerrillera en donde fue abatido por el ejército colombiano.

La teología de la liberación y los sacerdotes que seguían los principios aplicativos de la misma fueron perseguidos por el estado al unirse a grupos guerrilleros y apoyar protestas ilegales en diferentes zonas del país y por la jerarquía que con duras sanciones buscaban disminuir su influencia en la población, llegando en muchas situaciones a revocarles sus licencias ministeriales y reduciéndolos nuevamente al estado laico. La teología de la liberación era la forma de hacer iglesia desde los de abajo, una iglesia subalterna que se untó de pueblo, que conocía sus verdaderas necesidades tanto físicas como pastorales. Lo que frenó su éxito entre los obispos fue que muchos interpretaron sus posturas con la revolución violenta y armada como lucha contra el Estado en el que se veía una fuerte influencia de la revolución cubana y las reflexiones comunistas que imperaban en la época. Desde el gobierno, que en medio de la paranoia vivida en plena guerra fría, también se evitó que sus posturas “marxistas” tuvieran impacto en la sociedad desterrando a sacerdotes extranjeros y encarcelando a los nacionales que se solidarizaban con la causa liberacionista.

Para finales de los años setenta la hermenéutica de la liberación había sido disminuida en su totalidad y puesta siempre en sospecha por ir en contra de los principios de la Iglesia. Los teólogos de la liberación fueron silenciados y alejados de las aulas de clase y de los centros de instrucción pastoral, mientras que los obispos se encargaban de acentuar su poder limitando la acción de sus sacerdotes diocesanos. La polémica a esto fue resuelta por el Papa Juan Pablo II en el año de 1979 cuando con una nueva conferencia de obispos latinoamericanos dio un nuevo direccionamientos pastoral y estructural a la Iglesia de América Latina incluyendo así también a la Iglesia en Colombia.

Lista de referencias

- Beret, G. F. (1996). *El pueblo en la Teología de la Liberación*. Frankfurt: Iberoamericana.
- Biografías y vidas*. (s.f.). Recuperado el 01 de 11 de 2013, de http://www.biografiasyvidas.com/biografia/i/inocencio_viii.htm
- Caballero, A. (1987). La ejemplar vida fracasada de Camilo Torres. En W. Broderick, *Camilo, el cura guerrillero*. Bogotá: El Labrador.
- Colombia, G. S. (1969). *Golconda, el libro rojo de los "curas rebeldes"*. Bogotá: Muniproc.
- Dussel, E. (1972). *Historia de la Iglesia en América Latina*. Barcelona: Nova Terra.
- García, J. (1992). *Cristianos por la liberación en Colombia: Algunos aportes más significativos en el caminar histórico*. Bogotá : Teólogos de Colombia Koinonia.
- Girardi, G. (1978). *Fe cristiana y Materialismo histórico*. Salamanca: Sígueme.
- González, F. (1997). *Poderes enfrentados: Iglesia y Estado en Colombia*. Bogotá : Cinep.
- Gutiérrez, G. (2000). Labor y contenido de la Teología de la Liberación. En C. Rowland, *La Teología de la Liberación* (págs. 41-64). Madrid: Cambridge.
- Lorenzatti, J. J. (2006). Teología de la Liberación: ¿El rostro eclesialístico del socialismo? Argentina: Universidad Nacional de Rosario .
- Montalbán, F. d. (1958). La Iglesia y el Estado en América. En F. d. Montalbán, *Historia de la Iglesia Católica IV* (págs. 670-676). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Restrepo, J. D. (1995). *La Revolución de las sotanas: Golconda 25 años después*. Bogotá: Planeta.
- Ruiz, L. C. (Septiembre de 1999). *Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango*. Recuperado el 5 de Noviembre de 2013, de Revista Credencial Historia: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/septiembre1999/117visita.htm>
- Womack, J. (2001). El Cura de la Revolución. *Análisis Político* , 113-120.